

PALABRAS DE CARLOS MONSIVÁIS EN LA PRESENTACIÓN DEL LIBRO *ALFONSO REYES EN ARGENTINA*, COORDINADO POR EDUARDO ROBLEDO RINCÓN

México, D.F., 27 de agosto de 1999

BUENAS TARDES DOÑA ROSARIO;  
DON MIGUEL;  
DOÑA ROBERTA;  
DON EDUARDO;  
DONES Y DOÑAS TODOS:

Honrar a los antecesores, a los fundadores de un estilo de ejercer la profesión, a los emblemas más altos y creativos del cumplimiento del deber. He aquí la actitud que ayuda a conformar y consolidar las tradiciones de un gremio, en este caso, un sector público y de una Nación. Esto lo entiende el ex embajador en Argentina, Eduardo Robledo, al rendirle un vasto homenaje a quien ocupó ese puesto de 1927 a 1930, y luego, tras seis años como Embajador de México en Brasil, de junio de 1936 a diciembre de 1937.

*Alfonso Reyes en Argentina*, el volumen coordinado por Robledo, da cuenta del rápido y profundo arraigo de Reyes en el medio bonaerense, del *start treatment* a que se le sujetó en comidas, cenas y numerosos artículos, de su actividad incesante en lo diplomático y en lo intelectual, y del cultivo que hizo de uno de sus ensueños formativos, la comunidad literaria que esencializa a las comunidades nacionales.

A Reyes le importó sobremanera el trato con los sectores ilustrados de Argentina, tan ligados a la oligarquía, a diferencia de México donde a la corte porfiriana la emblematiza el yerno de Porfirio Díaz, Ignacio de la Torre, que al enseñarle a sus visitantes sus 200 pares de botas y zapatos explica: "Esta es, señores, mi biblioteca". Pero a Reyes no le interesan los escritores en tanto sujetos de relaciones públicas, sino en su desempeño creativo.

Al reconocimiento del valor de su obra se une, en reciprocidad, el entusiasmo perdurable por su persona y también, ahí por diversos motivos, por la finísima ironía que se aplica también a sí mismo. En relación a su trato con las jóvenes dice: "Antes coleccionaba sonrisas, ahora colecciono miradas".

Por la capacidad de adaptación, que encomia Borges, supo bien aquel arte que ninguno supo del todo, ni Simbad, ni Ulises, que es pasar de un país a otros países y estar íntegramente en cada uno. Lo elogian por su ductilidad intelectual, alabada a la muerte de Reyes por Victoria Ocampo, la legendaria editora de *Sur*, la gran memorialista, la promotora cultural: "Mucho te debemos Alfonso Reyes, mucho te agradecemos, mucho te queremos, mucho nos honra llamarte hermano, así nos llamas tú. Hemos nacido en las dos extremidades del mismo país que se extiende a lo largo de más de medio continente, y porque nacen hombres como tú nos sentimos obligados a no perder la esperanza, virtud teológica a menudo tan difícil en nuestra América".

Lo elogian por la generosidad de su actitud literaria que lleva a Borges a nombrarlo el primer hombre de letras de nuestra América. "No digo 'el primer ensayista', 'el primer narrador', 'el primer poeta', digo el primer hombre de letras, que es decir el primer escritor y el primer lector. Menos que un individuo es ya un arquetipo, amigo de Montaigne y Goethe, de Stevenson y de Homero, nada hay que pueda equipararse a la delicada cortesía de su espíritu. Dos valores de México, el valor y la cortesía, están en su obra; esas virtudes cuya perdición en Florencia deploró Dante". Por cierto, es magnífica la recopilación. De Borges, hay cuatro textos sobre Reyes, lo que en verdad es un buen conjunto y, además, la insistencia, no sólo de Borges, sino de todos que elogian a Reyes en la cortesía característica de los mexicanos, acabó convenciéndome, yo no lo había tomado en cuenta nunca como característica nacional, pero después de tantas pruebas ya me siento cortés después de haber leído el libro.

Elogios de esta índole sólo son concebibles si se piensa en un Reyes dedicado a promover a través de conferencias, conversaciones, ediciones, artículos, la necesidad del diálogo como implantación de una vida civilizada, pero la fervorosa aceptación del medio literario no cancela en don Alfonso su carácter de enviado de un régimen al que circundan los medios oligárquicos la mala fama de la Revolución, entonces en la etapa del Maximato.

El 24 de agosto de 1927 la revista *Nosotros* le ofrece a Reyes la bienvenida de los escritores argentinos. Por cierto, yo no creo que fuera de Amado Nervo, haya habido escritor tan celebrado en América Latina como Reyes, como diplomático, es en sí el clímax. Nervo fue más celebrado porque como se murió y tardó seis meses el velorio tuvo oportunidad de todo tipo de homenajes.

En su discurso, Reyes explica su destino sonriente: "A mí, hombre acaso nacido para la amistad". Y da cuenta de por qué un grupo de escritores mexicanos aceptó gustosamente la condición de enviados del régimen, y es el texto más político de los que yo le conozco: "Qué me arroja, qué me impide esta vida que tiene tanto de vagabunda, qué fuerza, qué sed me lleva y trae en el torbellino de esta gitanería dorada de la diplomacia. Yo era hombre de libros, hombre para estudio recogido, para el retraimiento de las musas bibliotecarias, pero el mundo no se estaba quieto, se oían gritos en la calle y mal haya el que cierra sus puertas cuando alguien afuera llora o ríe, mal haya el que puede vivir contento o cómodo siquiera, cuando al lado sufren los suyos; mi país necesitaba de todos, hasta del más humilde peón o el más humilde discípulo de las letras. Cada uno ha puesto a contribución lo que tenía: unos el cuerpo, otros el alma, agua y fuego, tierra y aire, amor y hasta rencor. Y los últimos, a los que sólo sabíamos cazar unas palabras con otras, salimos a dar la noticia, a contar el caso, a solicitar la amistad y el interés de los pueblos, todos somos de la misma carne, por un pueblo que sufría y que no se daba por vencido, por un montón de hombres que habían acertado a poner sus manos sobre las interrogaciones más crueles de su historia".

En esto, de alguna manera, contradice Reyes su afirmación tan difundida de que el 9 de febrero de 1913 cesó el interés de la historia para él cuando muere frente a Palacio su padre, don Bernardo Reyes. Reproduzco un pequeño fragmento de este discurso, porque, como en ningún otro texto de Reyes, se define su compromiso con el país y con la Revolución de la que intenta borrar toda sombra de violencia salvaje. Lo que Vasconcelos hace como Secretario de Educación Pública, lo hace Reyes como diplomático.

Así, en un discurso de abril de 1928, al dársele a una calle de Buenos Aires el nombre de Calle de México, Reyes se enfrenta suavemente a las resonancias temibles de la Revolución, y dice: "Ninguna de las estrellas del cielo se ha extinguido por el hecho de que el pueblo mexicano esté resuelto a procurar que la vida humana sea más digna de ser vivida, más justas y piadosas las instituciones". Luego de la etapa Argentina, Reyes ya no será tan efusivo con la Revolución Mexicana, y más bien procurará distancias.

En el *Discurso por Virgilio*, ese bello texto que hermana abiertamente la Reforma Agraria del Presidente Plutarco Elías Calles y la lectura de las *Geórgicas*, Reyes vuelve al alejamiento: "Tomar partido es lo peor que podemos hacer, es mucho más legítima la esperanza en la *raza cósmica* de Vasconcelos, la fe en la cultura humana de Waldo Frank; adoptémoslo todo y tratemos de conciliarlo todo. Aquello en que no haya conciliación será equivocado, y de ello podemos prescindir a la izquierda y a la derecha".

Reyes intenta ser fiel a su condición diplomática, desplegar, como dice, "el cartel de la amistad"; ganar tiempo para la literatura y crear puentes entre sistemas culturales diversos, pero aún enlazados por el culto iberoamericano por la poesía.

Borges, en 1960, da otra versión: "Sabidamente, Reyes usó las tres armas que se permitió Stephen Dedalus: silencio, destierro y destreza". Y en Buenos Aires Reyes se sumerge en la sociedad literaria y desde ahí construye su noción y su práctica de Embajada, de vinculación de países y sensibilidades, en una etapa anterior a los complicadísimos lazos financieros y al golpe de dados de esa otra divinidad que es Internet. Al hacerlo, se acoge a la tradición que él mismo construye, la del escritor diplomático.

La lista que Reyes proporciona es exhaustiva en uno de los textos del libro. Fueron miembros del Servicio Exterior Mexicano, Diplomático y Consular: Lucas Alamán, Ignacio Mariscal, Manuel Eduardo de Gorostiza, Lorenzo de Zavala, Gabino Barrera, Manuel Payno, Ignacio Manuel Altamirano, Federico Gamboa, Carlos Pereyra, Victoriano Salado Alvarez, José Juan Tablada, Justo Sierra, Jesús Urueta, Amado Nervo, Luis G. Urbina, Enrique González Martínez, Jaime Torres Bodet, Genaro Estrada, Efrén Rebolledo, José Gorostiza, José Ruben Romero, Gilberto Owen.

Y podría agregarse a la tradición que se continúa hasta hoy con hombres de la calidad de Octavio Paz, Rodolfo Usigli, Manuel Maples Arce, Fernando Benítez, Rosario Castellanos, Carlos Fuentes, Sergio Pitol, Hugo Gutiérrez Vega y José María Pérez Gay. Sólo la profesionalización extremada tanto de los escritores como de los diplomáticos, atenúa esta tendencia. El proyecto vital y literario de Reyes es muy definido, es la utopía personalísima del escritor profesional, del intelectual consagrado a su oficio, del diplomático responsable.

En pos de esta meta, Reyes vive varias etapas:

*La amistad como formación espiritual.* El diálogo de libros con Pedro Henríquez Ureña, la experiencia de grupo como actitud generacional de diálogo civilizado, su pertenencia al Ateneo de la Juventud; la representación de México como vinculación con otras culturas, sus años en España, Francia, Argentina y Brasil; el encuentro en Buenos Aires con una comunidad literaria con la que practica una amistad coral; la vocación de servicio cultural, su asesoría a diversas editoriales, sus conferencias, al fundación de la Casa de México; y lo más prolongado, la tarea del escritor convencido de la vitalidad del ideal humanista, el gran horizonte formativo de la nación y de las personas, según don Alfonso.

*La amistad como proyecto comunitario.* Para entender la vinculación tan honda de Reyes con los escritores argentinos, debe revisarse su trayectoria. A principios de siglo Reyes desaprovecha ostensiblemente la condición de hijo del general Bernardo Reyes, el aspirante a la Presidencia que ha sido Secretario de Guerra y Gobernador de Nuevo León. Uno de los hombres menos débiles de la República, mandada por un solo hombre fuerte.

Joven de brillante porvenir pero sin recursos económicos, en varias de las cartas expresa su aflicción al respecto, Reyes desdeña el típico esquema de ascenso y no quiere ser el abogado solemne que por pausas arribe a un Ministerio. Desde el principio, le importa vivir a fondo la literatura y el proceso intelectual, y con tal de ejercer su vocación al extremo, escribe y piensa en esos años como si estuviera en otro lugar fuera del boato, la autocomplacencia, la adulación cortesana, la cursilería. El otro lugar es el de las artes y las humanidades de occidente.

Para un lector convencido de leer para vivir, es fundamental el encuentro en 1906 con Pedro Henríquez Ureña, un ser de excepción; como será fundamental para Borges el encuentro con Reyes. Hay aquí una duplicación; exactamente lo que fue Henríquez Ureña para Reyes, es Reyes para Borges.

Lector incansable en varios idiomas, obsesionado por integrar la tradición humanista y la modernidad, apóstol del aprendizaje y de la enseñanza permanentes, Henríquez Ureña es para Reyes, cinco años más joven, el maestro, el condiscípulo, el amigo perfecto que comprende, exigen regaña, estimula.

Del primer tomo de su *Epistolario, Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña, correspondencia a 1907-1914*, Fondo de Cultura Económica, por cierto que le pediríamos al Fondo de Cultura Económica, aquí extraordinariamente representado, el segundo tomo, porque de verdad es indispensable.

Entonces, del primer tomo se desprende un escenario, la amistad, la formación conjunta de dos escritores, el interminable proceso asociativo que le da sentido a la vida cotidiana.

El 15 de septiembre de 1907, escribe Reyes desde Chapala: "Poco a poco los niños y las mujeres fueron llegando a llenar en el lago sus cántaros de barro, y yo, sin pose de erudito me acordé de aquel pasaje en que Werther ayuda a una campesina a cargar su cántaro rústico".

Toda vivencia nueva exige una referencia clásica, todo es libresco y todo es vital, lo libresco para ellos es lo vital, y un intelectual joven carece de zonas de complacencia.

Reyes, que admira enormemente a su padre, le confía a Henríquez Ureña el 14 de enero de 1908: "El señor general don Bernardo Reyes resuelve todo con mandatos militares, y el otro día discutiendo sobre asuntos literarios, le hice ver que ha adquirido el vicio de maltratar a autores que no ha leído. El se disculpa arguyendo que su trabajo de gobernador no le da tiempo para eso".

Y quince días después es más preciso: "Me da tristeza ver que ya no puedo conversar con él, con don Bernardo. Su favorito en poesía es Santos Chocano y su filosofía ¿Roosevelt?. Está por llamarle ideólogos a los pensadores, para él sólo vale la acción, para él el arte es un instrumento. El otro día me acusó de estrechez de criterio porque no soporté que me hablara de Juan de Dios Peza, en fin, lo que ya temía, ya no estoy dentro de casa".

Reyes y Henríquez Ureña consolidan y amplían los placeres de la lectura, de la divulgación, del estudio, del acto creativo, sólo así estarán dentro de casa. Y esa es la diferencia que marca a Reyes en la Argentina, se encuentra con una casa muy construida por la revista *Sur*, y la habita de modo natural e inmediato, no tiene que hacer, como aquí en México hacen Henríquez Ureña, Luis Guzmán, Torri, el trabajo de construirla.

Y para oponerse a los fatalismos del medio anti-intelectual, se le deja a la literatura la clarificación de la existencia, entre los ideales profesados se hayan el poder integrador de la cultura, el lector como el ciudadano ideal. Para Reyes, la ciudadanía en primer término es un acto de lectura, la universalidad del conocimiento y la elegancia espiritual distante en todo de las pretensiones aristocráticas.

"Para mí --escribe Henríquez Ureña-- una intimidad ha de comenzar en el acuerdo intelectual", y esto se ve en el libro *Alfonso Reyes en Argentina*. La intimidad que tiene Reyes desde Güiraldes y Fernández Moreno, hasta Borges, e incluso el muy joven Bioy, es un acuerdo intelectual en principio, si no conversan de libros, el diálogo tiende a frustrarse.

¿Cómo cristalizar el temperamento civilizado entre las imposiciones de la barbarie, que es sinónimo de la condición latinoamericana?

En primer lugar, y sin así decirlo, se califica la política de interrupción de la vida normal; en segundo lugar, se pone a prueba a través de la sistemática comparación de culturas, la calidad del temperamento civilizado; en tercer lugar, se extrema a la pasión por la forma, que es respeto a la perfección de las ideas, y en cuarto lugar, se vive una certeza múltiple del respeto inteligente de las formas artísticas, depende, en buena medida, la disolución de los estereotipos y los prejuicios sociales, la sensiblería y la demagogia falsifican la experiencia real, el que defiende creativamente el lenguaje del pueblo impulsa la profundidad genuina. No se llega a la identidad de belleza y verdad, fiado sólo en los mitos.

En sus cartas, Henríquez Ureña --y el reencuentro con Henríquez Ureña en Argentina es parte del gozo literario e intelectual que encuentra Reyes en esa etapa— Reyes evidencia la voluntad de pertenecer a otra realidad, lo que incluso lo conduce a la autoflagelación psíquica.

Escribe el 6 de noviembre de 1913. "Y París pasa delante de mis ojos, sin dejarme la menor enseñanza, porque los conflictos espirituales son demasiado vivos hoy para mí, y se me borra la relativa existencia del mundo exterior. Tenía que ser, a mí todo me sucede en condiciones contrarias, todo me resulta al revés, ser crítico es no ser hombre, ser creador de la vida es estar fuera de ella, no se puede repicar y andar en la procesión".

Con perseverancia, Reyes quiso ocultar, y quizás en ocasiones ocultarse, sus ideas profundas, guiado por aquellos pactos con la posteridad que le indujeron a facilitarle la tarea a sus biógrafos con su estrepitosa *Historia documental de mis libros*, pero en su generación es Reyes quien con más ahínco acepta la tesis del escritor como hombre nuevo, que es finalmente lo que difunde en todos sus textos en Argentina, que acompaña y le da voz y forma a la nación nueva.

Y esto es un homenaje directo e indirecto a la Revolución Mexicana, a la que asimila de distintas maneras, aunque lo haya separado tan radicalmente del ejercicio de la acción cívica; lo afirma, sin que los demás le crean del todo: "Entre nosotros no hay ni puede haber torres de marfil; lo propia es el trabajo intelectual como un servicio público y como un deber civilizador". Que no son palabras, lo prueban los 25 ó 26 tomos de sus obras completas y lo que nos falta de conocer de los *Diarios* y lo que falta ahora del trabajo diplomático.

*La utopía individual.* A lo largo de su estancia en París, en Madrid, en Río de Janeiro, en Buenos Aires, Reyes afina el sentido de su trabajo.

Si la literatura explora y encumbra el proceso civilizatorio, no hay tarea más alta que la creación, la difusión y el disfrute de las obras maestras del espíritu, que la enseñanza y la actualización de los clásicos, que la ubicación de la armonía que eliminará la intolerancia. Cuando él escribe todos lo sabemos entre todos, pregona su punto de vista; nadie posee las claves enteras del saber, todos somos indispensables.

*La función unificadora de la cultura.* Reyes se propuso ganar tiempo, y sobre todo seguridades psicológicas y culturales para un escritor, él mismo, y ésta fue su manera modesta y soberbia de ganarle espacio a la civilización. "La suerte —escribe en uno de los textos de este libro— me ha encargado de un señor a quien llamaré por mi nombre". Es bellissimo cómo frasea. "Con todo, el suyo no fue un proyecto individual, quien careció de temperamentos ostensiblemente religioso y se mantuvo alejado de la fe tradicional y de la mitificación de la patria y el pueblo, vivió al extremo la localización de los saberes colectivos y esto lo impulsó a recrear culturas, temperamentos artísticos, civilizaciones".

En una época cerradamente anti-intelectual, de minorías semi-ilustradas y mayorías analfabetas que desdeñaban a los literatos, salvo cuatro o cinco excepciones certificadas, Reyes encarna al hombre de letras que le agrega a la Nación dimensiones universales.

Así enunciado, el proyecto es por lo menos confuso, pero Reyes, un liberal que nunca se declaró tal por miedo a las clasificaciones, amplió en sus mensajes la esencia de los ideales juveniles. De manera literal, Reyes confía en el poder de los clásicos.

Si Vasconcelos repartió libros de Homero, Dante, Guete, Tolstoi, Plotino y Plutarco para darle al Estado la fundamentación humanista que mostrara su nivel internacional, Reyes confió en la correa transmisora de la latinidad, la cultura griega y los siglos de oro españoles. Sin eso no habría cultura, porque las raíces iluminan el desenvolvimiento y por ello son pasado y porvenir.

Si la inteligencia fabrica ciudades, la cultura nutrida por Grecia y Roma es la vía del desenvolvimiento confiable. "No olvidéis —escribe— que un universitario mexicano de mis años sabe ya lo que es cruzar una ciudad asediada por el bombardeo durante diez días seguidos para acudir al deber de hijo y de hermano, y aún de esposo y padre con el luto en el corazón y el libro escolar bajo el brazo".

Reyes evoca a Ricardo Gómez Robelo, traduciendo en los campamentos revolucionarios a Elizabeth Barret Braun, y qué leería el mismo en la Decena trágica.

Las utopías de Reyes son obligadamente nacionales y aún nacionalistas, y las enuncia sin convicción urgente, algo ajeno a su temperamento. El, a quien tantos llamaron descastado, quiere probar que la casta no radica en el apego, sino en la amplitud de la visión del mundo.

Hay que conocer, orientar, organizar la tradición, en una palabra, inventarla. Y en el campo de esta religiosidad cultural, que es principio oral, conviene imprimirle fuerza a los trabajos de una minoría de escritores y pensadores.

Es conmovedor, por heroico, el esfuerzo de Reyes. Al lado de la muerte violenta de su padre, su otro gran drama público es la condición del escritor calificado de apátrida por el anti-intelectualismo en un país atrasado, según en los criterios que él creía. Por eso, se siente tan bien en Buenos Aires, porque se siente, no sólo comprendido, sino integrado al instante.

Para Reyes, lo nacional no es orientación fatal, sino uno de los principios de organización de la realidad que oponerle a la barbarie. Quiere hacer con grave modestia y necesaria inmodestia las veces de puente entre Occidente y México y mucho consigue, pese a la desmesura del intento, pero Occidente en la versión que le importa, apenas lo percibe.

Es demasiada la arrogancia colonial, como se ve en el juicio despreciativo de José Ortega y Gasset sobre su obra: "Gestesillos de aldea", y hay una parte, en el libro que hoy presentamos, donde Borges refuta a Ortega y dice que es mucho mejor Reyes.

En el caso de Reyes, la claridad expresiva en esa acción civilizadora en sí misma, la idea de Váleriy, "la sintaxis es un don del alma", en Reyes se vuelve la incorporación del lector al proceso del pensamiento del escritor. Él vierte una cultura general en un público particular y se propone hacer de la transparencia una función ciudadana, que es cortesía y acceso al diálogo.

Todo también lo ignoramos entre todos, pero un escritor deslumbrante contribuye al tránsito de lo eclesiástico a lo secular, al divulgar y ejemplificar su convicción; la pérdida de la centralidad de la fe o, si no se quiere hablar de pérdida, la integración de la fe en el mundo, se compensa por la asimilación de las perspectivas civilizadoras.

Por eso, don Alfonso habría hecho suya la oración de Milton en el *Paraíso Perdido*: "Tratemos de establecer qué fuerzas nos pueden dar nuestras ilusiones, y si no, qué resolución, nuestra desesperanza".

Muchas gracias.